

do habría concluido con su disolución o su depuración después de la asonada, pues se tenían pruebas de la criminal complicidad de varios senadores influyentes y reconocidos por su inveterado reaccionarismo. Todos los militares desleales, los capitalistas corruptores y los agentes de la reacción en general, periodistas y politicastros, habrían desaparecido si no de este planeta, del territorio nacional por lo menos y sin esperanza de renovar el golpe, pues además de que la administración militar y civil habría sido purificada por la imperiosa exigencia de la opinión ya instruída y desengañada, el advenimiento de Wilson—un espíritu hermano del de Madero—a la Casa Blanca, habría sido una sólida garantía de paz contra las posibles agitaciones reaccionarias en la frontera. La indignación popular habría estallado desde el momento mismo en que se hubieran acallado los cañones de la Ciudadela que tantas víctimas causaron entre los pacíficos habitantes de la Capital. "Cuando los instintos formidables se entrechocan, los problemas políticos se simplifican," dice "Crater". Sobre las ruinas de la reacción, el Gobierno del pueblo se habría erguido más fuerte que nunca, ya no con la maderiana sonrisa en los labios, sino con la severidad del que, habiendo agotado su clemencia y su perdón, según la feliz frase de Carranza, descubre la ingratitud, la perfidia de su enemigo y lo aplasta definitivamente con toda la severidad del castigo, con todo el celo vigilante de sus responsabilidades y la absolución plenaria de su conciencia.

Y Madero, por fin, habría probado que es posible gobernar a la República Mexicana de otra manera que como gobiernan los cafres. México se habría distanciado de Guatemala para conquistarse, poco a poco, el derecho de ser gobernado como el Japón, como Suiza o simplemente como Costa Rica, dejándose sentir en los períodos futuros la bienhechora influencia, el alto ejemplo de Francisco I. Madero que, adornado de todas las virtudes privadas, ejercitó las funciones públicas no cubriéndose de falsa majestad por el oropelesco prestigio de un ceño

adusto, domesticador y tiránico, sino humanizándose, acercándose a su pueblo y sin otra ambición que el cumplimiento estricto de sus deberes y la realización de sus altos y generosos ideales.

Lo peor es que no sólo en el punto de vista de los ideales sino también en el de los intereses (mucho menos inconciliables entonces de lo que se figuraban los capitalistas), la muerte de Madero es irreparable. La reacción asesinó, en su persona, la última posibilidad de conciliación. Carranza es un patriota y un hombre honrado. En tiempos normales, Carranza haría un ideal presidente, pero va á encontrarse con una situación no sólo económicamente precaria, sino complicada. Los criollos que le rodean son hombres nuevos, y si nó debe dudarse de su patriotismo, cuando se han lanzado a la lucha contra un enemigo que no perdona, nada puede aún decirse de su talento porque su gestión revolucionaria es naturalmente discreta, casi secreta, o por lo menos desconocida fuera del radio que gobiernan. Entre los que siguen á Carranza, hay un criollo que ha podido demostrar una individualidad fuerte y neta: Obregón. (Villa, Zapata y Angeles, son mestizos.) Este hombre, según dice el "New York Tribune," es un oficial instruido, el mejor, dice, que hay en México y que se distingue de los otros revolucionarios en que observa las reglas de la guerra civilizada. Obregón comenzó por organizar una fuerza que fué creciendo hasta diez mil hombres, con la cual se movió hacia el Sur y capturó la capital de Sinaloa y atacó a Mazatlán y a Guaymas; operaciones de mérito, dadas las grandes distancias recorridas y lo pequeño del ejército. Según todas las apariencias, Obregón será tan disciplinado y tan subordinado a Carranza como lo fué el heroico Garmendia.

Carranza no tendrá que temer de la plutocracia, ni del ejército federal, ni de la burocracia porque su triunfo — que tendrá que ser radical no sólo por su carácter

y la experiencia adquirida, sino también por el espíritu de intransigencia que domina en los revolucionarios actuales, — su triunfo será completo y tendrá por natural e inmediata consecuencia el aniquilamiento de todas las fuerzas reaccionarias. Como el criollo no ha tomado parte en la contienda o se ha declarado determinadamente por Huerta, sin que pueda invocar en su excusa ni equivocación ni sus tardíos arrepentimientos, Carranza tendrá que gobernar con el mestizo, cuya arrogancia guerrera y escasísima cultura, van a causarle, mucho lo temo, graves disgustos. El ideal de "cooperación de clases" Madero se lo llevó a la tumba. A Carranza le tocará la "lucha de clases" entremezclada con las ambiciones, los rencores y resquemores inseparables del caudillismo que tan bien supo, y ésto se reconocerá algún día, dominar Madero.

Que se me presente el ejemplo de una raza redimida por sí sola, por su solo esfuerzo, sin la influencia protectora de otro pueblo más adelantado o la ayuda de una "élite" de su propio seno formada en superiores civilizaciones. Mi teoría de que el Indio mexicano es perfectible, se apoya en el hecho innegable de que por maldad los unos y por apatía los otros, españoles y criollos, — su conquistador, su hermano — jamás se han ocupado de perfeccionarlo. La "élite" mexicana, mas "representativa" que efectiva, "institucional" por herencia mas nó por propia acción, por propio esfuerzo, jamás se ha preocupado de mejorar la suerte de su hermano menor. Pero debemos reconocer desde luego que este lamentable hecho, esta indiscutible verdad no tiene por origen, — aparte excepciones, como en toda regla — no tiene por origen la mala voluntad del blanco hacia el broncineo, pues por el contrario, el verdadero antagonismo de razas es desconocido en México; sino la apatía, el pasivismo, la cortedad característica del criollo en el esfuerzo, su inconstancia tan efectiva en ideas como en amores.

La clarividencia de Madero solo puede compararse con su idealismo. Su sabia política de "cooperación de clases" (ya he dicho que su política no fracasó, pues la muerte no es un fracaso. Con todo pueden contar los genios, todo puede encerrarse en sus previsiones y en sus cálculos; pero no hay poder humano contra la traición como no lo hay contra la muerte. Si a Bonaparte, en Egipto, lo hubiera traicionado Kléber ¿habríase por esto de considerar como utópica la más bella de sus conquistas? ¿Acaso la muerte de Galileo detuvo el movimiento de la tierra? O en otro punto de vista más semejante, ¿no vino a realizar Lutero lo que costó la vida a Savonerola, quemado vivo en la plaza pública por embaucador y hechicero?) Su sabia política de "cooperación de clases", digo, se fundaba precisamente en la lección de todos los tiempos, en la reflexión de que el principio de la solidaridad entre todos los seres que componen la especie humana y con mucha más razón entre los que nacen y habitan en el mismo suelo, impone a los individuos de superior civilización, indeclinables deberes hacia los infelices que, por su nacimiento u otras razones no menos independientes de su voluntad— pues no debemos olvidar que todos somos hijos de las circunstancias,— se encuentran en un nivel inferior al que ellos ocupan. Estos deberes consisten en calmar sus dolores, en curar sus males, en arrancarlos de sus vicios, en prepararlos para luchar con buenas armas en el terrible combate de la vida, en apreciar justamente su trabajo, en mejorar su condición. Schmoller dice: "Toda reforma social debe elevar el género de vida, el carácter, los conocimientos y la inteligencia de las clases inferiores". Estas simples palabras formulan el ideal de Madero, al mismo tiempo que ofrecen el mejor medio de someter a los hombres a una verdadera disciplina social, engendradora de justicia y de paz.

Para redimir a su pueblo, Madero comprendió que necesitaba la cooperación de todas las clases, no por considerarlo más fácil y más cómodo sino por parecerle in-

dispensable para tan magna empresa. Tendía una mano al rico y con la otra se apoyaba en el pobre. "On ne s'appuie que sur ce qui résiste". La demagogía murmuró inconsciente, ignorante de que nadie se hace por sí solo; pero su murmuración más era provocada por su impaciencia que por su encono. La aristocracia preparó su cuartelazo a la sordina, envenenando la opinión de las clases intermediarias con su campaña de dictorios, de improprios y de pérfidas imputaciones. (1). Pero nada turbó la serenidad de aquella gran alma. Comprendía que la necia campaña moriría por la inconsistencia misma de sus argumentos. El público se fatigaría de verse tan constantemente engañado. La verdad, por ley inexorable, se abriría camino en las conciencias y el triunfo de la verdad sería su propio triunfo. ¡Era tan simple su doctrina! ¿Socialista? No lo era. Llamado a gobernar un pueblo que había hecho una revolución para mejorar su suerte, juzgó sin complicarse que aquel pueblo no había derramado su sangre con el único objeto de encumbrarlo. Necesitaba, ante todo, un gobierno honrado. Como no se puede alumbrar sin luz, ni dormir sin sueño, tampoco se puede tener un gobierno honrado sin hombres honrados. Estos, entre los políticos, escaseaban... como después han seguido escaseando. Él hubiera llamado a los suyos, a los del campo, a los del Norte, pero no sabían "de eso". Su linterna buscó mucho entre aquellos pechos de dictadura y en el criollo, lo mismo que Diógenes, encontró un esclavo. Sin embar-

(1) En todos los países, al través de su historia, cuando todas las clases burguesas cerraban sus oídos al clamor del pueblo, se ha visto siempre a un gremio prestar su generosa ayuda a los movimientos populares: el gremio estudiantil. Más favorecido por la educación, independiente y en plena convivencia con los grandes hechos de la Historia, cuya lectura exalta los sentimientos generosos de su corazón, el estudiante ha fraternizado siempre con aquellos que, teniendo una idea que exponer, un derecho que reclamar o un crimen que castigar, han levantado su viril protesta contra la iniquidad y la opresión. El estudiante de México, al desertar la doctrina maderista, vino a poner una triste excepción y cuando Vasconcelos se los dijo, todo el mundo lo trató de hereje. Caporalizado, sometido, el estudiante de México comenta hoy día, en voz muy baja, el prolongado desastre de la calamidad reaccionaria....

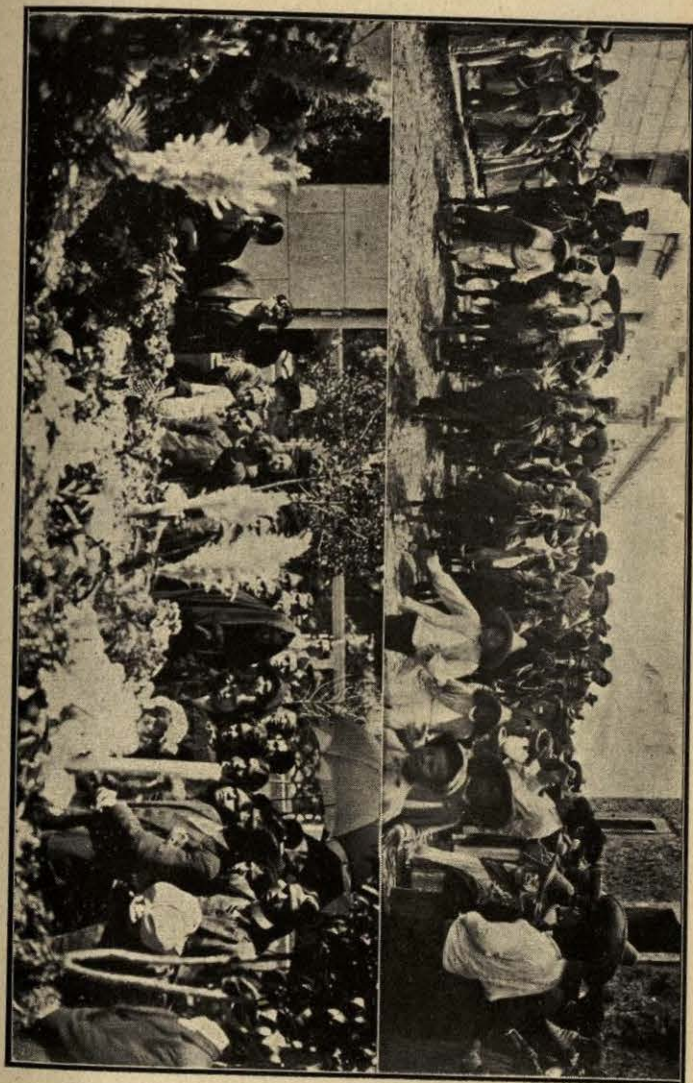
go, necesitaba criollos, pues aquel quince por ciento de sus gobernados eran los únicos que sabían leer y escribir. Fulano había sido científico, pero más tarde, en un banquete dijo: "Yo me hubiera lanzado a la Revolución como Sánchez Azcona, como Vasconcelos, pero nunca creí en el éxito", lo cual daba pobre idea de su sagacidad y más pobre aún de su civismo, pero en fin, denotaba cierta buena voluntad y el presidente lo llamó a su presencia: "Señor licenciado, dicen que tiene usted un gran talento de estadista, que ha sido usted científico, pero no ha dejado de ser patriota. Yo no conozco mucho a los hombres de la política porque me he pasado la vida estudiando, trabajando y predicando. Véngase usted al Ministerio tal". Jefe omnipotente de una revolución favorecida por la opinión pública, había aceptado de Presidente interino de la República a un personaje desconocido, anodino, de intelectualidad poco solvente, pero cuyos modales y pericia de hombre de mundo podían prepararle el terreno para su política conciliadora y humana. El presidente lo traicionó. Uno de sus ministros dijo: "La bala que mate a Madero salvará a la Patria". No obstante, la opinión era tan unánime, tan compacta, que fué llevado a la presidencia, no por un partido sino, puede decirse, por la nación en masa. Su compromiso de "conciliación", contraído en Ciudad Juárez, agravose por este hecho. En los quince meses de su gobierno, cuatro o cinco ministros, elegidos por él, elevados por él, lo traicionaron. Uno por trimestre. Uno se mató en su servicio, pero era pariente de su familia, como otro pariente sin ser ministro ni nada, lo cubrió con su cuerpo el día de la traición y cayó muerto. Era su primo. En los mismos momentos asesinaban a su hermano desorbitándole antes su único ojo. Dos de sus primos habían caído anteriormente bajo las balas del enemigo. Otros dos de sus hermanos, civiles ambos, habían ido también a batirse con Orozco. Tres otros parientes habían ya sucumbido en la pelea. Aquel hombre buscaba hombres honrados y se le presentaban trai-

dores. Los hombres honrados seguían en sus bufetes, en sus carpetas, en sus mostradores, murmurando, murmurando... El criollo murmuraba, el indio callaba... pero ya se sabe: hacen más ruido cien que murmuran que cien mil que callan. Corrió el rumor de su caridad, de su benevolencia, y sus antesalas se llenaron nó de hombres honrados que fueran a ofrecerle sus desinteresados servicios, sino de personas que pedían empleo o dinero. Hubo quien solicitara su mediación para que su propietario le bajase la renta... Casi todos salían decepcionados, murmurando, murmurando... Y no eran esos los menesterosos que él conocía, aquellos indios de Morelos, alcohólicos y degenerados; aquellos otros de Michoacán con la espalda manchada por el latigazo; aquel yaqui desterrado en Yucatán cuyo recuerdo, al hablar a su tribu, trajo las lágrimas a sus ojos; aquellos de la tierra caliente, comidos y descarnados por el paludismo; aquellos de la tierra fría con el viejo jorongo deshilachado, transparente; aquellos niños de toda la república que tienden la mano al criollo saciado: "Una limosna por el amor de Dios". Nó, no eran aquellos. Era la mujer bonita que, insinuante, pide empleo para el marido "que tiene algunas horas libres"; era el periodista a caza de subvención; el cananero de "última hora" al asedio de una sinecura; el fabricante que pide bayonetas para las huelgas; el proveedor que solicita la preferencia, toda la hampa social, la verdadera hampa, el cáncer moral de aquella patria que él, el elegido, el selecto, había soñado libre y feliz en el trabajo reconfortante y honrado, pues no ignoraba que tenía que resolver problemas de una complejidad laberíntica; pero tampoco desconocía que si las capas superiores de la sociedad se encontraban gangrenadas, enfermas de desidia y granjería, si la "colaboración" se convertía en "carga pública", no bastaría un río de oro para saciar aquellas ambiciones en fermento, y se convenció bien pronto de que sus antesalas no le ponían en fecundo contacto con las aspiraciones de su pueblo, sino en estéril y ociosa frecuenta-

ción de incurables ruindades, fruto miserable del favoritismo y la corrupción dictatoriales. Financieros, militares, funcionarios, periodistas, científicos, clericales, maderistas, todos pedían. Y al contrario de la política romana "do ut des", doy para que me des, nada se le ofrecía en cambio. Dijo al periodista esclavo: "Desde hoy eres libre, puedes expresar todo tu pensamiento, criticar mis actos, pero no te inspirarás en otro interés que el del bien público. Te doy libertad: dame justicia." Dió libertad y recibió calumnia. Y así todos. Entre sus generales, había uno de pura raza india. Era este un militar rezagado, alcohólico impenitente, cargado de familia y libre de peligrosas gratitudes, pues sólo había recibido del viejo dictador la distinción de hacerlo jefe de la escolta que en trágicos momentos lo encaminó al destierro. ¿Qué importaba que fuera un alcohólico? Dentro de cada borracho se encuentra, con mucha frecuencia, un hombre honrado que sueña en cosas sublimes. El vegetariano, el abstinentista, el austero evangelista que no bebía ni fumaba, el criollo universitario, diplomado en la Escuela de Altos Estudios de París, llamó al soldado borrachón y le dijo: "Ven a mi lado. Ayúdame á redimir a tus hermanos indios, olvidados o explotados por todo el mundo, y en cambio te llevaré a la más alta gerarquía de tu clase, te colmaré de honores y aseguraré el bienestar de tu numerosa familia." El cobarde indio acriollado, con el corazón podrido por la dictadura, lo traicionó también y lo asesinó en seguida.

En el universal concierto de ingratitude y de traición, sólo uno permaneció callado, espectante: el Indio, el peón, el obrero. Cuando el evangelista bajó a la tumba le siguieron sus flores, sus lágrimas, sus corazones....

Pero por mucho que su consorcio con la democracia no haya producido, como por arte de encantamiento, una eclosión de hombres ilustres o lo suficientemente honrados para secundar sus propósitos, algunos gober-



nadores de su régimen aportaron también su esfuerzo para la transformación de los sistemas y su evolución hacia el ideal por él concebido. Los González de su tiempo no "gonzaleaban;" sus González no se llamaban Manuel, ni Martín, ni Fernando, ni Obregón; se llamaron González Salas, González Garza (no Galán) Abrahám o Guadalupe, y a la orgullosa serie porfiriana que tras de largos años de selección había llegado a lograr un Mucio, un Cahuantzi, un Lamadrid, un Cravioto, un Reyes, un Bandala, un Terrazas, un Redo, un Mercado, un Cárdenas, un Izábal, un Torres, un Rabasa, un Aréchiga, un Pimentel, había podido oponer, en primera prueba siempre rectificable por la experiencia y la buena voluntad, un Carranza, un Bibiano Villarreal, un Pérez Rivera, un Guillén, un Leyva, un Lizardi, un Maytorena, un Cámara Vales, un Riveros, un Rosales, un Gordillo León, un Alamillo, un Fuentes, un Benito Juárez Maza, un doctor Cepeda, un Lugo, un Figueroa, un doctor Silva; y si algunos se portaron con impericia o con póstuma y cobarde ingratitud, como López Portillo (I) y Loyola, el primer ensayo de democracia, el primer esfuerzo de mejoramiento cívico, produjo un resultado muy estimable. No puede decirse, en justicia, que aquella democracia novicia, aquel joven presidente-agricultor, lo hayan hecho peor que la vieja y experta dictadura.

Si la política de "cooperación de clases", única posible después de la transacción de Ciudad Juárez y que tan bien se armonizaba con su patriotismo y la benevolencia de su carácter; si la suave política indispensable en aquél momento histórico no "arrancó de un sólo golpe de mazo, de las garras de los científicos, los resortes de la vida mexicana" como preconizaba el librito tantas veces cita-

(1) Al ascender Huerta al poder, este personaje que la dictadura porfiriana deshonró arrastrando su nombre por el fango, fué el primero en reconocer el nuevo estado de cosas, felicitándose de que "el traidor hubiera nacido en Jalisco"